

IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA

JUDAS 1:12-13



*El Arzobispo
Land y su Época*

J. C. Ryle

El Arzobispo Laud y su Época



WILLIAM LAUD, Arzobispo de Canterbury, fue decapitado en Tower Hill, Londres, en el año 1645. Fue uno de los cinco arzobispos de la historia que tuvieron una muerte violenta. Alphege fue asesinado por los daneses en 1009, en el reinado de Ethelred, Thomas à Becket fue asesinado repentinamente en la catedral de Canterbury, en el reinado de Enrique II, Simon Sudbury fue decapitado por Wat Tyler, en el reinado de Ricardo II, Cranmer fue quemado por los papistas en Oxford, en los días de la reina María. Sólo Laud murió a manos de los protestantes, en tiempos de Carlos I, al comienzo del Largo Parlamento.

Ahora, ¿qué tenemos que hacer con el Arzobispo Laud en este siglo? Muchos, me atrevo a sospechar, están dispuestos a hacer esa pregunta. Han pasado dos siglos desde la muerte de Laud. El vapor, la electricidad, los ferrocarriles, el libre comercio, la reforma, la educación, la ciencia, han cambiado todo en Inglaterra. ¿Por qué desenterrar la melancólica historia de un acto bárbaro realizado en tiempos semibárbaros? ¿Qué es Laud para nosotros, o nosotros para Laud, para que tengamos que preocuparnos por él y su historia?

Me atrevo a decir que este tipo de preguntas son bastante cortas y desconsideradas. La historia, se ha dicho sabiamente, es "la filosofía que enseña con ejemplos", y de ninguna historia es tan cierto ese dicho como de la historia de la Iglesia. La historia, se ha dicho de nuevo, "tiene una extraña tendencia a repetirse", y un estudio minucioso de la historia del pasado nos ayudará mucho a conjeturar lo que sucederá en el futuro. Creo firmemente que tenemos mucho que ver con Laud, y que el conocimiento de la época de Laud es de gran importancia en la actualidad. Iré más allá. Creo que la historia de Laud arroja una luz amplia y clara sobre la posición actual de la Iglesia de Inglaterra.

Debo comenzar por contar con la amable indulgencia de mis lectores y solicitarles una gran dosis de paciencia y consideración. Mi tema es histórico. Pocos hombres, excepto Froude y Macaulay, pueden hacer de la historia algo más que seco y aburrido. Cuando el rey Asuero no podía dormir, le leían las crónicas o la historia de su época. - Mi tema, además, está peculiarmente rodeado de dificultades. Nunca hubo un personaje tan diferente como el de Laud. Según algunos, era un papista y un monstruo de la iniquidad; según otros, era un mártir bendito y un ángel de la luz. Entre los violentos abusos de Prynne, por un lado, y la absurda admiración de Heylin, Wharton, Lawson e incluso Le Bas, por otro, es extremadamente difícil

averiguar la verdad. En resumen, el tema es una madeja enmarañada, y a esta distancia del tiempo es difícil desenredarla. - Sin embargo, trataré audazmente de exponer ante mis lectores "la cosa como es". Después de una cuidadosa investigación, mi propia opinión está completamente formada. Sostengo que, consciente o inconscientemente, con o sin intención, intencionadamente o no, Laud hizo más daño a la Iglesia de Inglaterra que cualquier otro hombre de la Iglesia que haya existido. Infligió una herida que nunca se curará; hizo un daño que nunca se reparará.

Laud nació en el año 1573, unos treinta y cinco años después del comienzo de la Reforma, a mediados del reinado de la reina Isabel, y se presentó como hombre público alrededor de la época de la ascensión de Jacobo I, en 1603. Pido que se preste especial atención a estas fechas. Un momento de reflexión mostrará que apareció en el escenario de la historia de la Iglesia inglesa en un período muy crítico: es decir, dentro de los primeros setenta y cinco años después del comienzo de la gloriosa Reforma inglesa.

¡Sólo setenta y cinco años! ¡Qué poco tiempo parece! Sin embargo, cuántos acontecimientos de profundo interés para todos nosotros se agolparon en ese período. Dentro de esos setenta y cinco años, la semilla del Protestantismo fue sembrada primero por Enrique Octavo, aunque admito plenamente que por motivos bajos, carnales y mundanos, - Luego vino el corto pero glorioso reinado de Eduardo Sexto, cuando la tierna planta creció con rapidez de semillero bajo el cuidado de Cranmer, Ridley, Latimer y Hooper. - Luego vino el sangriento reinado de María, cuando fue cortada hasta los cimientos por los feroces procedimientos de Bonner y Gardiner, - Luego vino la feliz reacción, con la llegada de Isabel al trono, y el restablecimiento final de la Iglesia de Inglaterra sobre la base que ahora ocupa.

Pero incluso la época isabelina, lamento decirlo, no fue una época sin mezcla en la Iglesia de Inglaterra. Hay que decir la verdad sobre este punto. En nuestro agradecimiento por el bien que hizo Isabel, somos más bien propensos a pasar por alto el daño que se hizo en su reinado. Se dejaron de hacer cosas que deberían haberse hecho, y se hicieron cosas que no deberían haberse hecho. En parte por el característico amor al poder de los Tudor y los celos de los obispos, y en parte por su ansioso deseo de conciliar y ganarse a los papistas, la obra de la Reforma no se llevó a cabo con tanta energía como podría haber sido. Las cartas de Zurich, publicadas por la Sociedad Parker, contienen muchos indicios al respecto. Si Jewel y sus compañeros no hubieran sido incesantemente frustrados y obstaculizados por la interferencia real, el culto y la organización de nuestra Iglesia probablemente se habrían hecho mucho mejor de lo que son. Si Grindal no hubiera sido desairado y detenido en el asunto de las "profecías", el clero inglés habría sido un cuerpo mucho mejor de lo que fue. Su carta a la Reina en esa dolorosa ocasión merece una admiración sin igual. En parte también, debido a la ignorancia universal de la tolerancia que prevalecía entre todos los partidos, los hombres de conciencia eran a

menudo perseguidos por ofensas insignificantes, y el terreno estaba preparado para una abundante cosecha de disidentes en tiempos posteriores. El historiador Fuller registra una curiosa correspondencia entre Cecil y otros consejeros privados y el arzobispo Whitgift sobre este tema. Lamento parecer que deprecio a Isabel. Pero la verdad es la verdad, y debe ser conocida; y no podemos entender correctamente a Laud, a menos que entendamos los tiempos que le precedieron inmediatamente¹.

Sin embargo, nunca debe olvidarse un punto brillante al estimar el reinado de Isabel. La norma de la doctrina en la Iglesia de Inglaterra era sólida, clara, bíblica e inequívoca. Con razón o sin ella, no se toleraba en los púlpitos nada que no fuera completamente protestante y completamente conforme a los Treinta y Nueve Artículos. Un clérigo que predicaba la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo, bajo las formas del pan y el vino en el sacramento, - o recomendaba la práctica de la confesión privada a un sacerdote, - o abogaba por la oración a la Virgen María, - o elevaba los elementos consagrados sobre su cabeza en la Cena del Señor adorándolos, - o que enseñara una visión burda, "opus operatum", de la regeneración bautismal, - o negara públicamente la doctrina de la predestinación, o la justicia imputada, o la justificación por la fe, - o vilipendiara la memoria de Cranmer, Ridley y Latimer, - o llamara a Eduardo VI "un joven influenciado", o que se mofara de los Artículos como "cuarenta rayas excepto una", o recomendara la reunificación con la Iglesia de Roma, o dudara en llamar al Papa Anticristo, ¡un hombre así, lo digo con valentía, a menos que hubiera sido una persona muy insignificante, lo habría pasado muy mal en los días de la Buena y bendita Reina! Los "poderes fácticos" habrían caído sobre él como un rayo. Eran temas que apenas se permitía controvertir; o se tenían opiniones protestantes firmes sobre ellos, o se callaba la boca. En resumen, por muy defectuosa y deficiente que fuera en muchas cosas, la Iglesia de Inglaterra en la época de la reina Isabel era en teoría francamente protestante y evangélica. Puede que la Iglesia fuera débil debido a su infancia; no cabe duda de que era defectuosa en muchos puntos, juzgados a nuestra luz; ciertamente estaba estropeada y dañada por una estúpida intolerancia; pero en ningún período su norma general de doctrina era tan bíblica y tan protestante como en los días de Isabel. Todavía vivían hombres y mujeres que habían visto cómo Rogers y Bradford eran quemados en Smithfield, que habían oído al viejo Latimer decir a Ridley en la hoguera: "Ánimo, encenderemos una vela que nunca se apagará", que habían visto al generoso Hooper agonizar pacientemente en el fuego durante tres cuartos de hora a la sombra de la catedral de Gloucester. Los hombres y mujeres de Inglaterra aún no habían olvidado estas cosas. Había un sentimiento generalizado de que el papismo era una religión falsa, y el protestantismo era la verdad de Dios; que la doctrina papista en todas sus formas debía ser aborrecida, y que las doctrinas de la Reforma no debían ser abandonadas nunca. Todas las clases

¹ El lector que se interese por este tema encontrará una notable carta dirigida a Whitgift en favor de los no conformistas perseguidos, fechada en 1583, y firmada por Burleigh, Warwick, Howard, Hatton, Shrewsbury, Leicester, Croft, Walsingham - ocho importantes consejeros privados, - Ver "Church History" de Fuller, vol, III, p, 37, Tegg's Edition.

sostenían esto, con muy pocas excepciones, desde el estadista en la Cámara del Consejo hasta el aprendiz en la tienda. En resumen, los días de Isabel, con todos sus defectos, fueron días protestantes. La nación se declaraba protestante y se enorgullecía de su nombre. Este es un punto que nunca debe ser olvidado. Qué bien le habría ido a nuestro país si el protestantismo isabelino hubiera sido tan real y profundo como parecía.

Tales fueron los tiempos críticos en los que Dios permitió que William Laud se presentara y se convirtiera en un poder en Inglaterra. Tal fue el estado de cosas que encontró en nuestra Iglesia. Cómo se propuso deliberadamente oponerse a la teología predominante de su época, - cómo "practicó y prosperó" durante cuarenta años, cómo trabajó día y noche para alcanzar sus fines, tan "concienzudamente" como Lord Strafford en el camino hacia su objetivo, - cómo reunió a su alrededor en una cueva arminiana de Adulam a todos los eclesiásticos que estaban descontentos con las doctrinas de la Reforma, cómo poco a poco fermentó nuestra Iglesia con una aversión por el verdadero protestantismo, y una aversión por lo que se complacía en llamar "calvinismo", - cómo, incluso después de arruinar la Iglesia y el Estado con su política, dejó tras de sí una escuela de eclesiásticos que ha hecho un inmenso daño a nuestra Iglesia, - todos estos son hechos históricos, que llenarían un volumen si se describen completamente. En un artículo como el presente, sólo pueden señalarse brevemente. Lo máximo que intentaré hacer es ofrecer un esbozo de la vida de Laud y una breve estimación de su carácter, y mostrar la política que tenía en mente, la forma en que la llevó a cabo y las consecuencias a las que condujo. Unas cuantas lecciones prácticas para nosotros constituirán una conclusión adecuada del conjunto.

(a) William Laud nació en Reading en el año 1573, y era hijo de padres respetables de la clase media. Recibió su primera educación en la Escuela de Gramática de su ciudad natal, y en el año 1589 ingresó en el St. John's College de Oxford. Poco se sabe de su niñez y juventud, salvo que era físicamente débil y enclenque, pero intelectualmente vigoroso, y un joven de incansable laboriosidad y aplicación. Su maestro en la escuela de Lectura estaba tan convencido, por su observación, de que era uno de esos chicos que seguramente ascenderán en el mundo, que solía decir, "Cuando seas un pequeño gran hombre, recuerda la Escuela de Lectura".

En Oxford, poco a poco, aunque lentamente, se dio a conocer y se hizo sentir. En 1593 fue elegido miembro de su colegio y, tras perder dos años por enfermedad, fue nombrado maestro de artes en 1598 y ordenado diácono por Young, obispo de Rochester, en 1600, y sacerdote en 1601.

De sus costumbres y actividades durante los primeros diez años de su vida en Oxford se sabe muy poco, excepto el hecho sospechoso de que Buckeridge, un divino notoriamente inseguro, fue su tutor. Es evidente que era un observador

cuidadoso de los tiempos y que pensaba por sí mismo. Incluso en el momento de su ordenación ya había adoptado una línea teológica propia. Se dice que el obispo Young observó que sus estudios no se habían limitado al sistema ordinario de Ginebra, sino que su divinidad estaba construida "sobre la noble base de los padres, los concilios y los historiadores eclesiásticos". Elogios como éste son sospechosos. Cuando un hombre hace un ídolo de los Padres y los concilios, y desprecia la teología de la Reforma, podemos estar seguros de que hay un tornillo suelto en su teología. Wood, el autor de "Athena Oxonienses", dice que, incluso en sus primeros diez años en Oxford, se le consideraba "un hombre muy adelantado, confiable y celoso". Si juntamos los comentarios del obispo Young y de Wood, tenemos los primeros ingredientes de un eclesiástico muy peligroso. Me atrevo a conjeturar que estos once tranquilos años en St. John's, Oxford, fueron la semilla de todo el mal que Laud hizo, y fijaron la infeliz tendencia que caracterizó toda su carrera.

Su nombramiento para leer una conferencia de divinidad en St. John's en 1602 fue la primera ocasión en la que Laud se presentó como oponente del protestantismo popular y defensor declarado de un nuevo estilo de teología. La naturaleza precisa de las opiniones que propuso no está registrada, pero según Heylin era algo así como "la visibilidad perpetua de la Iglesia de Cristo, derivada de los Apóstoles a la Iglesia de Roma, y continuada en esa Iglesia hasta la Reforma". No sabemos qué fue lo que dijo exactamente, pero está bastante claro que adoptó un punto de vista sobre la Iglesia de Roma que era bastante opuesto a las opiniones de las Homilías, de Jewel y de los Reformadores, y muy desagradable para los protestantes de la Universidad. El resultado inmediato fue que el conferenciante entró en colisión nada menos que con el Dr. George Abbot, entonces vicescanciller de Oxford, director del University College y posteriormente arzobispo de Canterbury, un hombre de gran capacidad y merecido reconocimiento debido a su alto carácter. Las consecuencias posteriores fueron que, a partir de ese día, Abbot consideró a Laud como un hombre peligroso, y Laud quedó marcado y conocido como un protestante muy tibio, si no como un amigo del papado, y un enemigo abierto del puro Evangelio de Cristo.

Después de desempeñar el cargo de Proctor en 1603, Laud obtuvo su título de Bachiller en Divinidad en 1604. Las proposiciones que se comprometió a defender en sus ejercicios para ese grado, proporcionaron una prueba adicional de sus tendencias teológicas, y aumentaron la sospecha con la que se le miraba. Según sus biógrafos, sostenía, en primer lugar, la "necesidad del bautismo"; y en segundo lugar, que "no podía haber una verdadera Iglesia sin obispos diocesanos". La naturaleza precisa de sus declaraciones, de nuevo, no se conoce, pero es evidente, por el revuelo que causaron los ejercicios, que los eclesiásticos protestantes los consideraron hasta entonces como no bíblicos y poco sólidos. Lo más probable es que, al igual que los promotores de los "Tracts for the Times" (Tratados para los Tiempos), defendieran la sucesión apostólica y la regeneración bautismal. Sea lo que fuere lo que dijo, es un hecho que fue severamente atacado por el Dr. Holland, rector de Exeter, que en ese momento era Profesor Regio de Divinidad. Como de

costumbre, nada salió del ataque, y Laud se mantuvo firme. La evidencia moral de la falta de solidez teológica de un hombre, y la prueba legal de la misma, son cosas totalmente diferentes.

Después de perjudicarse seriamente, en 1605, al aprobar y solemnizar un matrimonio muy desacreditado entre el conde de Essex y Lady Rich, Laud se metió en otra dificultad teológica en Oxford en 1606. Pronunció un sermón en St. Mary de tendencia tan romanista, que fue cuestionado por el Dr. Airay, Rector de Queen's, en ese momento vicescanciller. Una vez más, ignoramos la naturaleza del sermón, y sólo sabemos que, como de costumbre, Laud se las arregló para escapar de la censura pública. Pero, al igual que muchos otros en una posición similar, aunque no fue condenado legalmente, estableció una fuerte impresión en muchas mentes de que era un divino completamente inseguro, y profundamente manchado con opiniones romanistas. En resumen, fue tal el escándalo suscitado por este discurso, que el famoso Joseph Hall, posteriormente obispo de Norwich, tuvo la ocasión de dirigir una notable carta de expostulación al predicador, que, como indicación de la estimación que se hacía entonces del carácter de Laud, merece ser citada extensamente. Dice:

"Me gustaría saber dónde encontrarte; entonces podría decir cómo apuntar directamente. Mientras que ahora debo cavilar y conjeturar. Hoy estáis en las tiendas de los romanistas, mañana en las nuestras, al día siguiente entre ambos y contra ambos. Nuestros adversarios piensan que sois de los nuestros. Nosotros te consideramos de ellos. Tu conciencia te encuentra con ambos y con ninguno. No os halago. Este, por supuesto, es el peor de los temperamentos. El calor y el frío tienen sus usos. La tibieza no sirve para nada, sino para molestar al estómago. Aquellos que son espiritualmente calientes encuentran aceptación. Los que son totalmente fríos tienen menos consideración. El medio entre ambos es mucho peor, ya que se acerca al bien y sin embargo no lo alcanza. ¿Cuánto tiempo estarás en esta indiferencia? Resuelve un camino, y sabed por fin lo que sostenéis, lo que debéis.

Despréndete de tus alas o de tus dientes; y, desechando esta naturaleza de murciélago, sé un pájaro o una bestia. Morir vacilante o inseguro, a ti mismo te dará miedo. Si debes establecerte, ¿cuándo empiezas? Si debes empezar, ¿por qué no ahora? Es peligroso aplazar aquello cuya necesidad es mortal, y cuya oportunidad es dudosa. Dios grita con Jehú: "¿Quién está de mi lado? ¿Quién?". Mira al fin por tu ventana hacia Él, y con un valor decidido echa abajo a la Jezabel que te ha hechizado. ¿Existe algún impedimento que la demora pueda abatir? ¿Hay alguno que una respuesta justa no pueda eliminar? Si prefieres vacilar, ¿quién te puede tranquilizar? Pero si no amas la inconstancia, dinos por qué te tambaleas. Sé claro, o nunca serás firme²".

² "Cartas" de Hall. Década III. Epist, 5.

En 1607, a los treinta y cuatro años de edad, Laud comenzó por fin a subir la escalera de la preferencia eclesiástica. Un hombre de su talla, que se había presentado como opositor a la teología protestante y evangélica, estaba seguro de que no le faltarían patrocinadores. Tales hombres "hablan del mundo, y el mundo los oye" (1 Juan 4:5). De hecho, desde esta fecha hasta que se convirtió en obispo, apenas puedo encontrar tres años en los que Laud no obtuviera algún tipo de preferencia. En 1607 fue nombrado vicario de Stamford, en Northamptonshire; en 1608, rector de North Kibworth, en Leicestershire, y capellán de Neile, obispo de Rochester; en 1609, rector de West Tilbury, Essex; en 1610, rector de Cuckstone, Kent, y luego de Norton en el mismo condado; en 1611, presidente del St. John's College, Oxford, y capellán del rey; en 1614, prebendario de Buckden, en la diócesis de Lincoln; en 1615, archidiácono de Huntingdon; en 1616, decano de Gloucester; en 1618, rector de Ibstock, en Leicestershire; en 1620, canónigo de Westminster; y en 1622, rector de Crick, en Northamptonshire³. Es probable que nunca se haya acumulado tal número de preferencias sucesivas en un mismo espacio de tiempo. No puedo determinar cuántas de ellas ejerció a la vez. Lo que hizo en sus diversos cargos, si perduró para la posteridad, si predicó mucho, si dejó alguna marca espiritual para siempre, son todos estos, puntos sobre los que no hay información. Excepto el hecho de que se dice que en cada parroquia siempre asignaba una pensión anual a doce personas pobres, destinaba una quinta parte de sus ingresos a fines caritativos, reparaba la casa de la gleba y se ocupaba de que la iglesia estuviera provista de muebles adecuados, aunque de esto no puedo encontrar nada registrado. En cuanto a cualquier trabajo de evangelización, que diera frutos en las almas de los hombres, en Stamford, North Kibworth, West Tilbury, Cuckstone, Norton, Ibstock o Crick, nos quedamos totalmente a oscuras. A decir verdad, no hay pruebas de que este tipo de trabajo estuviera en algún momento muy presente en la línea de Laud.

Dos incidentes públicos en la vida de Laud durante los trece años entre 1607 y 1620 merecen una atención especial. Uno de ellos arroja una gran luz sobre la estimación que se hizo de él en el lugar donde era más conocido, - la Universidad de Oxford; el otro proporciona un ejemplo sorprendente del estilo totalmente inflexible con el que impulsó sus propios planes para desprotestantizar a la Iglesia de Inglaterra, e hizo que los hombres se los tragaran aún cuando le hicieron oposición.

El primero de estos incidentes es la reprimenda pública que recibió en Oxford, como consecuencia de un sermón que predicó ante la Universidad el Martes de Carnaval de 1614. Este sermón contenía un asunto tan ofensivo para los eclesiásticos protestantes, que el vicescanciller, Robert Abbot, hermano del arzobispo de Canterbury, y posteriormente obispo de Salisbury, un hombre de gran piedad y

³ Laud parece haber tomado la vida de Crick después de convertirse en obispo de San David. - Véase su "Diario".

erudición, pensó en darle una respuesta pública el siguiente domingo de Pascua, en un sermón en Santa María.

El siguiente pasaje del sermón de Abbot es muy importante, ya que muestra cuáles eran realmente las opiniones teológicas de Laud:

"Algunos hombres", dijo Abad en su sermón, "son en parte romanos y en parte ingleses, según les convenga la ocasión; de modo que un hombre puede preguntarles: '¿Estás con nosotros o con nuestros adversarios? Son hombres que bajo la pretensión de la verdad, y predicando contra los puritanos, atacan el corazón y la raíz de la fe y la religión ahora establecida entre nosotros. Esta predicación contra los puritanos fue la práctica de Parsons y Campian, los jesuitas, cuando llegaron a Inglaterra para seducir a los jóvenes estudiantes. Cuando muchos de ellos temían perder sus puestos, si se profesaban así, el consejo que entonces les daban era que debían hablar libremente contra los puritanos, y eso sería suficiente. Estos hombres no pueden alegar que sólo se les considera papistas porque hablan contra los puritanos, sino porque no hablan nada contra los papistas. Si en algún momento Si en algún momento hablan algo contra los papistas, no hacen más que dar palos de ciego; y eso sólo en voz baja, por temor a despertar e inquietar a los pájaros que están en el árbol. No hablan más que lo que un papista habla contra otro, o contra los equívocos y la autoridad temporal del Papa, y cosas semejantes; y quizás contra algunas de sus opiniones blasfemas. Pero en los puntos del libre albedrío, la justificación, la concupiscencia que se evidencia en el pecado después del bautismo, la justicia imputada y la certeza de la salvación, los papistas de allende el mar pueden decir que son totalmente suyos, y los recusantes de casa hacen sus alardes de ellos. Y en todas las cosas se mantienen tan cerca del borde, que en cualquier ocasión pueden dar un paso hacia ellos".

No hago ningún comentario sobre este pasaje: habla por sí mismo. Mis lectores probablemente estarán de acuerdo conmigo en que habría sido bueno que los vicerrectores de Oxford hablaran siempre tan clara y fielmente como Robert Abbot, y en que Laud no es la única persona que ha necesitado una reprimenda pública de este tipo. Sólo pido entonces que se observen cuidadosamente los cargos contra Laud que contiene el pasaje. Muestra clara e inequívocamente cuál era la estimación de Oxford, y la verdadera naturaleza de la teología de Laud.

El otro incidente al que pido que se preste atención en este período de la vida de Laud es la colisión que tuvo lugar entre él y el obispo de Gloucester, inmediatamente después de su nombramiento para el decanato de Gloucester, en el año 1616. Su primer acto, al tomar posesión de la catedral, fue retirar la mesa de comunión del lugar donde había estado durante mucho tiempo, en medio del coro, a la pared del extremo este, donde ordenó que se colocara en forma de altar. El cambio puede parecer insignificante para muchos ahora, acostumbrados, como hemos estado, durante 200 años, a ver la mesa en esta posición; pero una

comprensión correcta de la antigua posición de la mesa arroja una amplia luz sobre la famosa expresión, "En el lado norte". El cambio parecía un asunto muy serio para todos los buenos protestantes en 1616, ya que tendía a traer de vuelta la noción papal de un altar, y a fomentar la idea de un sacrificio, y un sacerdote, y la misa, en la Cena del Señor. La gente de Gloucester era, de todos los ciudadanos ingleses, el menos propenso a aprobar la más mínima apariencia de inclinación hacia el papado. No habían olvidado al buen obispo Hooper y la doctrina que tantas veces había predicado sobre la Cena del Señor antes de su martirio. Miles Smith, el obispo de Gloucester, un hombre santo y erudito, y uno de los principales traductores de la versión autorizada de la Biblia, se sintió más ofendido que nadie por el cambio y declaró que, si se llevaba a cabo, no volvería a entrar en la catedral. Pero nada de esto conmovió a Laud; a pesar del obispo y del pueblo, la mesa se movió. El deán se salió con la suya. El Obispo fue públicamente despreciado, y nunca volvió a entrar en su propia Catedral, aunque vivía a menos de cincuenta yardas de ella, hasta el día de su muerte, en 1624. Los sentimientos del pueblo protestante de Gloucester quedaron profundamente heridos. Es un hecho sorprendente y significativo que, posteriormente, cuando comenzaron las guerras de la Mancomunidad, ningún lugar resistió a los Cavaliers y luchó por el Parlamento con tanta obstinación como esta misma ciudad de Gloucester.

Esta infeliz transición requiere poco comentario por mi parte. Sin embargo, al igual que el asunto del sermón de Abbot, ofrece otra visión del carácter de Laud. Le muestra decidido a llevar a cabo sus propios puntos de vista sin tener en cuenta la ofensa que puedan suponer para los sentimientos de los eclesiásticos protestantes. Le muestra, como a muchos en los tiempos modernos, perfectamente indiferente a los deseos y opiniones de su obispo en el momento en que se oponen a los suyos. Aquí está el mismo hombre que predicó la sucesión apostólica en Oxford, volando en la cara de un venerable obispo y pisoteando despectivamente sus escrúpulos de conciencia.

Lo muestra, sobre todo, comenzando sus deberes oficiales en una posición pública, haciendo un gran y sospechoso revuelo sobre el sacramento de la Cena del Señor, y atribuyendo una ominosa importancia a la posición precisa de la Mesa del Señor. ¿Necesito recordar a muchos de mis lectores que el primer paso de todo el movimiento tractariano fue exactamente en la misma dirección? Exaltar la Cena del Señor en una posición que no está justificada por la Biblia, los Artículos, ni el Libro de Oración, e investir la Mesa del Señor y todo lo que la rodea con una santidad supersticiosa, estas fueron algunas de las primeras lecciones enseñadas por esa escuela de la que tantos eruditos se han pasado a la Iglesia de Roma. "Hablo como a los sabios; juzgad lo que digo⁴".

⁴ Lo que Laud pensaba realmente sobre la Mesa del Señor puede verse en un extracto muy doloroso de un discurso pronunciado posteriormente por él en la Cámara Estelar, con ocasión del proceso de Prynne en 1637. Allí dice: "El altar" (una palabra, debemos recordar, que nunca se utiliza en el Libro de Oración), "el altar es el mayor lugar de residencia de Dios en la tierra. Digo el más grande, sí, más grande que el púlpito; porque allí

En 1621, después de cinco años en el decanato de Gloucester, la ambición de Laud se vio satisfecha una vez más y su poder para hacer de las suyas aumentó considerablemente al ascender a la cátedra como obispo de St. David. Empujar la cátedra, una vez ocupada por Latimer y Jewel, a un hombre al que se habían opuesto públicamente tres vicerrectores y un profesor regius de teología, requería, por supuesto, no poca influencia y esfuerzo. Los amigos de Laud se encontraron a la altura de la ocasión. Por el nombramiento, estaba principalmente en deuda con el marqués de Buckingham y con Williams, el conocido obispo de Lincoln. King James, en cualquier caso, parece haber dado un consentimiento muy reactivo a su nombramiento. En parte, sin duda, por la reputación que Laud había obtenido notoriamente como un protestante muy tibio; en parte por la abierta desconfianza con que lo miraba Abbot, arzobispo de Canterbury; y en parte debido a cierta astucia para discernir doctrinas erróneas, el rey planteó serias objeciones a que Laud fuera nombrado obispo. La conversación sobre el tema entre su majestad y el obispo Williams, conservada por Hackett en su vida de Williams, es muy curiosa y muestra claramente que el Salomón británico (como la gente llamaba a James) no era tan tonto como a menudo hacía parecer. – “Retraigo a Laud,’ dijo el rey, ‘de todo lugar de gobierno y autoridad, porque encuentro que tiene un espíritu inquieto, y no puede ver cuando las cosas están bien; pero le encanta dar vueltas y cambiar, y llevar las cosas a un punto de reforma flotando en su propio cerebro, lo que puede poner en peligro la firmeza de lo que está en un buen momento establecido, alabado sea Dios. No hablo al azar: se me ha hecho saber que es uno de ellos”. A esto, Williams sólo pudo responder que Laud era “de un ingenio grande y tratable, y pronto vería la manera de sacarlo de su error. ’ Por último, cansado por la importunidad de Williams, el Rey dijo: ‘¿No hay otra manera en la que puedas sobrellevarlo? Entonces llévatelo contigo: pero por mi alma, te aseguro que te arrepentirás’, y se fue furioso, usando otras palabras de significado feroz y ominoso”. - Cuán verdadero profeta fue el Rey, y cuán amargamente se dolió Williams después bajo la vil ingratitud de Laud, son hechos históricos notorios. Pero este fue el camino, y esta la escalera, por la que Laud subió a la cátedra episcopal en 1621, a los cuarenta y ocho años de edad⁵.

Ahora hemos llegado al período de la vida de Laud cuando su infeliz influencia comenzó a sentirse más poderosamente en todos los departamentos de la Iglesia y el Estado. Durante los siguientes veinte años después de 1621, su historia está tan entremezclada con la historia de cada gran movimiento en nuestro país, que

se aplica, 'Este es mi cuerpo', pero en el púlpito se aplica, 'Esta es mi palabra', y una mayor reverencia, sin duda, es debida al cuerpo que a la palabra de nuestro Señor; y así debe ser para con el trono donde su cuerpo está realmente presente, antes que al asiento donde su palabra es proclamada".

⁵ La historia de Hackett es corroborada por otra contada por el Obispo Burnet. "He oído", dice el obispo Burnet, "que mi propio padre lo cuenta de boca del viejo Sir William Armourer, que era de la corte del rey Jacobo I, criado desde un paje, que su Majestad, cuando Laud (entonces sólo obispo de San David) pasaba por allí, pero a cierta distancia, cogió al príncipe Carlos por el brazo, y en su dialecto escocés le dijo: 'Hijo, ¿sabes [ves] a ese bribón de Laud? Tiene una cabeza inquieta: nunca habrá terminado hasta que haya perdido su propia cabeza y puesto en peligro la tuya'". - Memorias de la Princesa Sofía, pp. 54, 55.

profundizar en ella sería sobrecargar mi tema y hacer de un simple artículo biográfico un volumen de historia. No puedo pretender hacer nada por el estilo. Lo máximo que intentaré hacer es proporcionar los principales incidentes de su historia y las fechas en que ocurrieron.

En 1622 encuentro que fue nombrado "Confesor" del duque de Buckingham. En 1626 fue nombrado obispo de Bath, Wells y decano de la Capilla Real. En 1628 se convirtió en obispo de Londres. En 1630 se convirtió en canciller de Oxford. En 1633 ascendió a arzobispo de Canterbury y canciller de la Universidad de Dublín. En 1640 comenzó por fin a caer de su alto estado, y en 1641 fue entregado a la Torre.

Cómo se comportó a lo largo de estos últimos veinte años de su vida, - cómo se sumergió en la política con tanta energía como cualquier laico, cómo se convirtió en el amigo íntimo de hombres como Buckingham, Strafford, Windebank y otros de dudoso carácter, - cómo se las arregló para conseguir la reputación de tener una mano en todo lo que ocurría tanto en la Iglesia como en el Estado, - cómo se las arregló para convertirse en el hombre más impopular de Inglaterra, desde la Isla de Wight hasta Berwick-on-Tweed, y desde Land's End hasta North Foreland, - cómo al final no se podía cometer ningún error, ni político ni eclesiástico, sin que se gritara: "¿No está la mano de Laud en todo esto?" - todas estas cosas están debidamente registradas en los historiadores de la época. Son demasiados, y ocuparían demasiado tiempo para ser detallados aquí.

Una observación general se aplica a toda su carrera a lo largo de estos veinte años. Siempre fue consistente, siempre el mismo, siempre en el mal, siempre jugando al mismo juego, siempre conduciendo al mismo fin, siempre defendiendo los mismos principios teológicos, por los que se había hecho famoso en Oxford. En 1622, antes de haber sido obispo durante un año, lo encuentro asistiendo a la emisión de seis mandatos reales al clero, en los que, entre otras cosas, se ordena "que nadie, bajo el grado de obispo o decano, predique sobre puntos tan profundos como la predestinación, o la elección, o la universalidad, eficacia, resistibilidad o irresistibilidad de la gracia de Dios". - En 1621 lo encuentro procurando la supresión de una admirable asociación para la compra de presentaciones y el nombramiento de buenos clérigos, principalmente constituida por el famoso Dr. Gouge. En 1631 lo encuentro consagrando la Iglesia de Santa Catalina Cree, en Londres, con tales ceremonias supersticiosas y veneración idolátrica de la Mesa del Señor y de los elementos del pan y el vino, que hizo suponer a todos que deseaba reintroducir el verdadero papismo. - En 1632, lo encuentro procesando a Sherfield, el Registrador de Salisbury, por romper una ventana pintada en la Iglesia de San Edmundo, Salisbury, que la sacristía había ordenado quitar, y esto con una severidad tan salvaje que el desafortunado hombre fue multado con 1.000 libras por la Cámara de la Estrella. - En 1633 lo encuentro primero ofendiendo los sentimientos de la nación sobre el sábado al revivir y volver a publicar "El libro de los deportes", y luego pisoteando ingratamente los sentimientos de Williams, obispo de Lincoln, al visitar

su diócesis como metropolitano, y oponiéndose a su conocida opinión sobre la mesa del Señor. - En 1634 lo encuentro persiguiendo a las congregaciones francesa y valona en Londres, y presionando a la Iglesia irlandesa con demasiado éxito para que renuncie a sus admirables artículos. - En 1636 lo encuentro preparando y enviando a Escocia la notoria liturgia escocesa, en la que la Presencia Real se enseña tan claramente como cualquier papista podría desear, e incendiando toda Escocia al intentar introducirla en el culto público. - En 1637 lo encuentro prohibiendo la migración a América de un gran grupo de puritanos, entre los que se encontraba el famoso Oliver Cromwell, y obligando a algunos de los mismos hombres, que posteriormente alteraron la Iglesia y el Estado, a permanecer en Inglaterra en contra de su voluntad. - En el mismo año lo encuentro procesando a Prynne, Burton y Bastwick, por publicar escritos violentos, y castigándolos realmente con una multa de 5.000 libras cada uno, prisión de por vida y la horrible pena de que les cortaran las orejas. - En 1640 lo encuentro transgrediendo uno de los primeros principios de nuestra constitución al hacer aprobar cánones en la Convocatoria sin el consentimiento del Parlamento. - Esta lista de monstruosas locuras podría aumentar fácilmente. Entrar en los detalles de ellas es, por supuesto, imposible. Durante veinte años, él y sus aliados en la cátedra episcopal mantuvieron una pequeña guerra contra algunos de los más santos y mejores ministros del país. El catálogo de hombres famosos que, en un momento u otro, durante la época de poder de Laud, fueron perseguidos, silenciados, multados, encarcelados o llevados a retirarse al continente, es una lista melancólica, y por sí misma dice mucho. John Rogers, Daniel Rogers, Thomas Hooker, Dod, Hildersham, Ward, Cotton, Bridge, Ames, Sheppard, Burroughs, Greenhill, Calamy, Whateley, Wilkinson, Goodwin, eran todos hombres que tenían más divinidad en los dedos pequeños que Laud en todo su cuerpo. Sin embargo, cada uno de ellos fue visitado con el desagrado de Laud, y, de una manera u otra, tratado vergonzosamente. En resumen, el público llegó a la conclusión de que Laud y sus compañeros consideraban que el puritanismo era un pecado mayor que la inmoralidad abierta, y que los actos insignificantes de inconformismo eran peores que la violación de los diez mandamientos. En realidad, los hombres decían que se podía mentir, jurar o emborracharse y no se les prestaría mucha atención, pero que ser puritano o inconformista era cometer el pecado imperdonable.

Creo que nunca un hombre mortal trabajó tan incesantemente para promover sus propias opiniones teológicas particulares como Laud, y nunca nadie pareció tan ciego a los efectos perversos de sus procedimientos. Si Grindal, Whitgift y Abbot hubieran mostrado la mitad del celo que él mostró al despreciar a los calvinistas, perseguir a los puritanos, promover a los arminianos y hacer avances hacia Roma, para dispersar la religión evangélica, habría sido una gran bendición para la Iglesia de Inglaterra. Desgraciadamente, vemos en su caso, como en muchos otros, con cuantas creces son más sagaces los hijos de este siglo en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. Además, la actividad incansable es mucho más a menudo la característica de los amigos del error que de los amigos de la verdad. Los fariseos, los jesuitas, los heresiarcas, en todas las épocas, recorrerán mar y tierra, y no

dejarán piedra sin remover, para lograr sus fines, mientras el llamado soldado protestante se encuentra somnoliento y duerme. Así fue en los días de Laud; me temo que es demasiado similar en los nuestros.

El final llegó por fin. La paciencia del pueblo inglés se agotó por fin. Después de un largo e indecoroso esfuerzo por gobernar sin un parlamento, el infeliz monarca Carlos I se vio obligado a convocar el famoso Parlamento Largo en 1640. Desde la primera reunión de la Cámara de los Comunes, la perdición del Arzobispo de Canterbury estaba sellada. Hollis, Pym, Dering y sus compañeros atacaron sin demora a Strafford y Laud, y no les dieron tregua hasta llevarlos al cadalso. La virulencia del ataque hecho a estos dos grandes funcionarios, la singular unanimidad con la que se llevaron a cabo los procedimientos, el fuerte lenguaje que los hombres de todos los partidos, incluso gente tranquila como Lord Falkland, usaron al hablar de la Iglesia de Inglaterra, son todos hechos muy curiosos, y deberían ser estudiados en "Rushworth's Collections", "History of the Long Parliament" de May, o "Stoughton's Church of the Civil Wars". Todos ellos ayudan a mostrar el profundo descontento que la política de Laud había creado durante mucho tiempo en la mente del público, y la intensidad de la aversión con la que se le consideraba personalmente.

Los ingleses son notoriamente lentos para moverse, y curiosamente rezagados para resistir a la autoridad constituida. Por lo tanto, cuando los ingleses se movieron con una violencia tan tremenda como la de la Cámara de los Comunes contra Laud, es imposible no sentir que debía existir un sentimiento muy fuerte de agravios de larga data.

Laud estuvo preso desde el 18 de diciembre de 1640 hasta el 10 de enero de 1645, y la mayor parte de ese tiempo estuvo confinado en la Torre. Los artículos que se le imputaron fueron catorce. En esencia, eran los siguientes (copio a Le Bas):

-

1. Que había intentado traidoramente subvertir las leyes fundamentales del reino y persuadir al Rey de que podía recaudar dinero sin el consentimiento del Parlamento.

2. Que había fomentado sermones y publicaciones que tendían a la instauración de un poder arbitrario.

3. Que había interrumpido e impedido el curso de la justicia en Westminster Hall.

4. Que había vendido traicionera y corruptamente la justicia, y aconsejado al Rey que vendiera los cargos judiciales y otros.

5. Que había hecho publicar subrepticamente un libro de cánones sin autoridad legal, y había forzado ilegalmente la suscripción al mismo.

6. Que había asumido un poder papal y tiránico, tanto en asuntos eclesiásticos como temporales.

7. Que había trabajado para subvertir la verdadera religión de Dios, y para introducir la superstición e idolatría papales.

8. Que había usurpado el nombramiento de muchos beneficios eclesiásticos, y promovido a personas que estaban afectadas por el papismo, o que de alguna manera eran poco sólidas en la doctrina o corruptas en las costumbres.

9. Que había encomendado la concesión de libros a capellanes notoriamente desafectos a la religión reformada.

10. Que se había esforzado por reconciliar a la Iglesia de Inglaterra con la Iglesia de Roma, y había mantenido inteligencia secreta con los sacerdotes y el Papa, y había permitido que se estableciera una jerarquía papista en este reino.

11. Que había silenciado a muchos ministros piadosos, obstaculizado la predicación de la Palabra de Dios, fomentado la profanidad y la ignorancia, y hecho que muchos de los súbditos del Rey abandonaran el país.

12. Que se había esforzado por suscitar la discordia entre la Iglesia de Inglaterra y otras Iglesias reformadas, y había oprimido a las congregaciones holandesa y francesa en Inglaterra.

13. Que había trabajado para introducir innovaciones en la religión y el gobierno en el reino de Escocia, y para provocar la guerra entre los dos países.

14. Que, para evitar ser interrogado por estas prácticas traidoras, se había esforzado por desviar el antiguo curso del procedimiento parlamentario y por incitar al Rey contra todos los Parlamentos.

Tales fueron los cargos presentados contra el desafortunado Arzobispo, y sobre éstos, con la adición de diez artículos menores, fue finalmente llevado a juicio en marzo de 1644. Se verá, por comparación de fechas, que permaneció en prisión durante cuatro años. Debió ser una época amarga para el prelado caído. La ejecución de su amigo Strafford, las batallas de la guerra civil, el mal destino del Rey y la imposición de una multa de 20.000 libras sobre él mismo, no fueron sin duda la menor parte de sus penas. En una ocasión, en 1643, se presentó una moción en la Cámara de los Comunes para que Laud fuera transportado, sin ser juzgado ni

escuchado, a Nueva Inglaterra, en América; y no está del todo claro que algunos de sus enemigos no se hubieran alegrado de deshacerse de él de esta manera. Pero la moción cayó en saco roto, y finalmente, en el otoño de 1644, se le sometió a juicio.

Del juicio en sí no diré mucho. Fue quizás tan injusto y desacreditado para la historia inglesa como cualquier otro juicio estatal que figure en nuestras crónicas. La acusación se encomendó a Prynne, que era el virulento e intolerante enemigo personal del prisionero. Los propios documentos privados y el diario de Laud fueron incautados y utilizados implacablemente, y él tuvo que defenderse bajo inmensas desventajas. A medida que el caso avanzaba, las pruebas en muchos puntos eran manifiestamente insuficientes, y nunca habrían satisfecho a un tribunal realmente justo e imparcial. Aquellos que deseen leer el tema deben estudiar la propia narración de Prynne de este juicio, en un folio llamado "Canterbury's Doom". Pero está tan claro como la luz del día que la condena de Laud era una conclusión inevitable para sus jueces. A pesar de una defensa que incluso Prynne admite que fue "completa, galante y concisa", a pesar de la evidente ausencia de pruebas legales de que hubiera cometido algo que mereciera la pena de muerte, finalmente, tras grandes retrasos, el Arzobispo de Canterbury fue declarado culpable y condenado a muerte.

De su ejecución en Tower Hill, el 9 de enero de 1645, también diré poco. El único favor que se le hizo en esta ocasión fue que lo decapitaron y no fue colgado. Su comportamiento en el cadalso fue valiente, digno, tranquilo y en todo sentido honorable para él. Su discurso antes de morir fue digno de una causa mejor. De hecho, se puede decir de él, como se dijo de otro, "Nada en toda su vida le hizo tanto bien como el hecho de dejarla". Que su ejecución fue un asesinato tan judicial como el de Sir Thomas More o Cranmer, no me cabe la menor duda: pero no puedo admitir ni por un momento que merezca ser llamado "mártir". Es la causa, no la cantidad de sufrimiento, lo que hace al mártir. Admito plenamente que Laud se enfrentó a su muerte con valentía y gallardía, pero no puedo admitir que no hiciera nada que exasperara los ánimos de los hombres contra él, ni que fuera totalmente inocente de todo lo que se le imputa, ni que muriera en apoyo de una buena causa.

Ya hemos trazado la vida de Laud desde su cuna hasta su tumba. Sólo me queda señalar las grandes e instructivas lecciones que su vida parece enseñarnos, y la amplia y clara luz que arroja sobre la posición de la Iglesia de Inglaterra en la actualidad. Pero antes de hacerlo, deseo decir unas palabras sobre tres puntos controvertidos. Estos puntos son el verdadero carácter de Laud, su verdadera política y objetivos, y las verdaderas consecuencias de su política. Soy muy consciente de que se trata de un terreno discutible. Al recorrerlo no puedo esperar que todos estén de acuerdo conmigo. Pero doy mi opinión libremente, y los hombres deben tomarla por lo que vale.

(a) Su verdadero carácter, entonces, ¿Cuál era? ¿Cuál es la estimación que debemos hacer de él? La respuesta, como suele ser el caso, se encuentra a mi juicio entre dos extremos. Laud no fue ni tan bueno ni tan malo como se le suele representar. Llamarle santo, mártir, un Cipriano inglés, por un lado, es simplemente ridículo. No puedo descubrir ninguna justificación para tan extravagante elogio. Pintarlo como un monstruo de iniquidad y un hijo del diablo, por otro lado, es igualmente absurdo. La acusación cae al suelo como "no probada". - Démosle su merecido. No era un hombre inmoral o codicioso. Pocos arzobispos parecen haber gastado tan poco en sí mismos, y haber dado tan amplia y generosamente de su sustancia para promover el aprendizaje y fortalecer la parte material de la Iglesia de Inglaterra. Fue un eclesiástico celoso y serio. Nadie puede negar que se gastó y fue gastado en la promoción de lo que él pensaba que eran los "puntos de vista de la Iglesia", y que creía conscientemente que estaba haciendo lo correcto. Pero la seriedad por sí sola, si no está bien dirigida, es una cosa muy maliciosa. La experiencia demuestra abundantemente que, en todas las épocas de la Iglesia, los hombres bien intencionados y concienzudos, cuando son de mente estrecha, cortos de miras, ignorantes de la naturaleza humana y obstinados, son los mayores causantes de problemas. Nunca un hombre lo demostró tan a fondo como Laud.

No era, creo, un jesuita o un papista. Su conferencia con Fisher, y sus exitosos tratos con Chillingworth, rechazan completamente esa suposición. Pero llamarlo un protestante sólido es simplemente absurdo. Nunca disimuló su aversión a la teología protestante, y se esforzó toda su vida por desalentarla. El mero hecho de que el Papa le ofreciera dos veces el sombrero de cardenal, después de que se convirtiera en arzobispo de Canterbury, lo dice todo. Muestra la impresión general que causó en las mentes de los extranjeros.

Que era un hombre de mentalidad espiritual, y que realmente recibió el Evangelio de la gracia de Dios en su corazón, es un punto del que tenemos muy pocas pruebas. Este es un asunto delicado. Dios no permita que lo juzguemos. Sin embargo, es vano negar que en su obra no hay nada parecido a una religión completamente evangélica y experimental en su obra literaria. Hay una dolorosa falta de algo realmente calculado para hacer el bien a los corazones y las almas. Sus siete sermones son pobres, y no son dignos de ser comparados ni siquiera con los discursos de hombres de su propia escuela, como Andrews. Su "Diario" privado contiene mucha superstición y debilidad. Sus cartas no son espirituales ni llamativas. No es demasiado decir que se puede encontrar mucha mejor divinidad en diez páginas de hombres como sus contemporáneos, Usher, Davenant, Hall y Sibbes, que en todas las obras de Laud. Hay que decir la pura verdad. Laud fue mucho más un eclesiástico político, un Ahitofel eclesiástico, un celoso defensor de su partido, su causa y su orden, que un ministro de Cristo, un predicador del Evangelio, un pastor de almas. Para la obra acorde al primer carácter se entregó por completo y trabajó en ella noche y día. Para el trabajo del segundo carácter no tenía vocación, y no se dedicaba a él, este no era un trabajo que tuviera cabida en su línea. Lo que

realmente era, y lo que realmente sentía personalmente en su corazón, es una cuestión que no puedo pretender resolver. Sólo el último día lo declarará. Con esperanza y caridad lo dejo en paz.

(b) Ahora, la política real de Laud exige a continuación nuestra atención. ¿Cuál era? ¿A qué se dedicó toda su vida? ¿Qué quería hacer? ¿Cuál era su objeto y objetivo? No creo, como algunos, que realmente deseara romanizar la Iglesia de Inglaterra, o que quisiera y pretendiera, si fuera posible, reunificarla con la Iglesia de Roma. Creo que los que dicen esto van demasiado lejos, y no tienen suficiente fundamento para sus afirmaciones. Pero creo decididamente que lo que él se esforzó por llevar a cabo fue igual de peligroso, y que tarde o temprano habría traído de vuelta al papado, sin importar lo que Laud quisiera o pretendiera. Creo que la gran idea de Laud era hacer que la Iglesia de Inglaterra fuera menos protestante, menos calvinista y menos evangélica de lo que era cuando la encontró. Creo que pensaba que nuestros excelentes reformadores habían ido demasiado lejos, que el reloj debía retrasarse bastante. Creo que su teoría favorita era que debíamos ocupar una posición intermedia entre la Reforma, por un lado, y Roma, por el otro, y que podíamos combinar el ceremonialismo y el sacramentalismo de San Pedro en el Tíber con la ausencia de corrupción y la independencia eclesiástica de San Pablo en el Támesis. En resumen, no quería volver al Vaticano, sino tomar prestados algunos de sus principios y plantarlos en el Palacio de Lambeth. Veo en estas ideas y teorías la clave de toda su política.

Su único objetivo, desde St. John's, Oxford, hasta que fue enviado a la Torre, no era romanizar, sino desprotestantizar la Iglesia de Inglaterra. Algunos pueden pensar que esto es una distinción bonita y demasiado refinada. Yo no lo creo. Un "romanizador" es una cosa, un "desprotestantista" es otra.

Esta fue la explicación de que siempre se opusiera a lo que él llamaba "calvinismo". Le hubiera gustado hacer odiosa la teología popular protestante pintando las doctrinas de la gracia como inseparables del antinomianismo y de las opiniones extremas sobre la elección y la reprobación. Sabía demasiado bien que nada daña tanto una causa teológica como un apodo inteligentemente elegido.

Esta fue la explicación de que hiciera tanto ruido con la posición de la Mesa del Señor. No era simplemente para preservar la Mesa de usos irreverentes y profanos, sino para exaltar el Sacramento de la Cena del Señor, y hacer un ligero acercamiento al sacrificio de la Misa.

Esta fue la explicación de su defensa de los puntos de vista extravagantes del oficio episcopal, como si fuera esencial para una Iglesia. Ayudó a su noción favorita de que la Iglesia de Inglaterra ocupaba una posición intermedia entre la Iglesia Presbiteriana de Ginebra y la Iglesia de Roma, una idea, por cierto, a menudo

presentada hoy en día, y tan absurda como decir que la Isla de Wight ocupa una posición intermedia entre Inglaterra y Francia

Esta era la explicación de su incesante persecución y burla a los conferenciantes, y de su desaliento a la predicación doctrinal en todo el país. Quería hacer creer a la gente que los sacramentos, y no la predicación de la Palabra de Dios, eran la parte principal del cristianismo.

Esta era la explicación de que introdujera, en la medida de lo posible, ceremoniales tan histriónicos como aquellos con los que asombró a Londres en la consagración de Santa Catalina Cree. Deseaba mostrar al público que los eclesiásticos podían tener una religión tan sensual y vistosa como los papistas; y que, si no teníamos la misa en sí, el servicio de comunión del libro de oraciones podía ser manejado y manipulado de tal manera que constituyera una excelente imitación de la misma.

Esta fue la explicación de su desaliento y control de todos los ataques al papismo, ya sea en el púlpito o en la prensa, y de obligar a expurgar y suprimir pasajes enteros en muchos buenos libros de la época. Deseaba rebajar el tono con el que el país se expresaba sobre la naturaleza del Papado, y hacer que la gente estuviera menos viva ante sus enormes males y menos despierta ante sus propios movimientos.

Esto, en último lugar, pero no por ello menos importante, era la explicación de su constante promoción y avance en la Iglesia de divinos arminianos y semiprotestantes de su propia escuela de teología. Wren, Montague y Mainwaring son ejemplos del tipo de hombres a los que se complacía en honrar. Nunca desperdió una oportunidad de este tipo. Conocía la importancia de respaldar a tus amigos y de asegurar todo lo bueno del lugar, el poder y la influencia para tu propio partido. Siempre tuvo en cuenta un plan, que consistía en llenar el banco, en la medida de lo posible, con hombres de la Alta Iglesia.

Creo firmemente que ésta es la verdadera política de Laud. Siempre tuvo un objetivo por delante. No perdió de vista ese objetivo ni un solo día. Y mientras admiramos su consistencia, su persistencia, su tenacidad de propósito, nunca debemos olvidar la verdadera naturaleza de su objetivo. Era desprotestantizar a la Iglesia de Inglaterra.

(c) Una pregunta más exige unas palabras. ¿Cuáles fueron las consecuencias de la política de Laud? No diré mucho sobre este punto. Algunas personas, creo, que lo consideran una persona calumniada, y lo veneran como el resucitador de los llamados principios católicos, le dirían que hizo mucho bien. Me permito diferir totalmente de ellos. Sostengo que hizo más daño a la Iglesia Reformada de Inglaterra que cualquier otro hombre que haya vivido, más que Gardiner, Bonner,

el Cardenal Pole y la Reina María, todos juntos. Ya he dicho que probablemente tuvo buenas intenciones y actuó a conciencia. Creo que pensaba que su política estaba haciendo un buen servicio a Dios y a la Iglesia de Inglaterra. Pero las consecuencias de su política, tanto directas como indirectas, fueron desastrosas, maliciosas y extremadamente perversas. Permítanme mostrarles cuáles fueron.

Una de las consecuencias directas de la política de Laud fue un declive generalizado del sano sentimiento protestante entre el clero, del que nuestra Iglesia nunca se ha recuperado. Los principios y las opiniones de un arzobispo adelantado y con empuje como él, que prácticamente tenía la llave de todo el patrocinio en el bolsillo, fueron engullidos con demasiada avidez por muchos. Rápidamente se reunió y consolidó una escuela de divinos dentro de nuestro territorio, que ha debilitado gravemente a nuestra Iglesia desde ese período. Cuán profunda y extendida fue esta decadencia puede deducirse de las Memorias de Panzani, el emisario romano en Inglaterra en los días de Laud, donde da cuenta del estado de cosas en este país. Menciona en particular que el gran amigo de Laud, el obispo Montague, le dijo en privado, en 1636, que - "él y muchos de sus hermanos estaban dispuestos a conformarse con el método y la disciplina de la Iglesia galicana"; - "que sólo había tres obispos en el banco que podían contarse violentamente inclinados contra la Iglesia de Roma: a saber, Morton, Davenant y Hall;" - y "en cuanto a la aversión al papismo que descubrimos en nuestros sermones y libros impresos," dijo Montague, "son cosas de forma, principalmente para divertir al populacho y no para ser muy consideradas". Bonito lenguaje el de un obispo inglés. Pero ¡qué idea nos da de la rápida difusión de la teología de Laud!

Pero otra consecuencia directa de la política de Laud fue de un tipo muy diferente. Surgió en todo el país un espíritu de alienación total de las clases medias con respecto a la Iglesia de Inglaterra. La masa del pueblo inglés comenzó gradualmente a no gustar de un cuerpo religioso al que veían principalmente ocupado en perseguir el puritanismo, silenciar a los predicadores, controlar el celo, exaltar las formas, deificar los sacramentos y halagar al papismo. La multitud rara vez hace buenas distinciones. Mide las instituciones principalmente por su funcionamiento y administración, y se preocupa poco por las teorías y los grandes principios. Poco a poco, las mentes de los hombres de todo el país comenzaron a relacionar el episcopado con la tiranía, la liturgia con la formalidad y la Iglesia de Inglaterra con las multas, los encarcelamientos y los castigos. La autobiografía de Baxter ofrece una vívida imagen del sentimiento universal de este tipo que prevalecía. Por eso, cuando se reunió el Largo Parlamento, hubo una dolorosa unanimidad de malestar hacia la pobre y vieja Iglesia de Inglaterra. Los miembros que representaban a todos los condados y distritos de Inglaterra, con pocas excepciones, se mostraron totalmente insatisfechos con el establecimiento; y los atacantes, tanto en número como en influencia, inundaron y abrumaron completamente a los defensores. Y todo esto fue obra de Laud. Había disgustado al

grueso de los laicos, perdido a las clases medias y convertido a los amigos de la Iglesia en enemigos.

La última y peor consecuencia directa de la política de Laud fue la destrucción temporal de la Iglesia de Inglaterra. Se produjo una revolución eclesiástica, que se convirtió en una especie de reino del terror. Los sentimientos reprimidos de las clases medias, una vez liberados, estallaron en un huracán, ante el cual todo el armazón de la Iglesia de Inglaterra fue barrido. Los obispos, los decanos, el clero y la liturgia fueron sacados del escenario como si fueran basura. Tanto las cosas buenas como las malas se vieron envueltas en una ruina común. Estalló una sangrienta guerra civil. Carlos I siguió a Strafford y Laud al patíbulo. Todo en la Iglesia y el Estado se puso patas arriba. El orden finalmente sólo se mantuvo con la mano de hierro de un dictador militar, Oliver Cromwell. Tanto la corona como la mitra fueron proscritas, excomulgadas y revolcadas en el polvo. ¡Y todo esto fue obra de Laud! Él sembró el viento y cosechó el torbellino.

Tales fueron las consecuencias directas de la política de Laud. Ojalá hubieran sido todo el daño que causó. Pero, desgraciadamente, hubo otras consecuencias indirectas, de las que sentimos los malos efectos hasta el día de hoy. Todo el equilibrio de los sentimientos ingleses sobre la Iglesia de Inglaterra fue completamente desordenado y perturbado por sus procedimientos. El equilibrio nunca se ha recuperado.

Su astuta locura hizo oscilar un péndulo, que ahora ha oscilado violentamente durante más de 200 años. Primero se produjo una fuerte reacción a favor de la Iglesia cuando los Estuardo volvieron al trono en la Restauración, sin haber aprendido ni olvidado nada. La moderación y la tolerancia, como se recordará, fueron entonces arrojadas a los vientos. Se aprobó la desgraciada Ley de Uniformidad, por la que 2.000 de los mejores clérigos de la época fueron expulsados de nuestras filas y se perdieron para siempre. - Luego vino una larga y lúgubre época de agotamiento y estancamiento, una época durante la cual la Iglesia de Inglaterra, como un perezoso torpe, existía ciertamente, y colgaba del árbol del Estado, pero apenas vivía, se movía o respiraba. - Luego vino, después de un siglo, el renacimiento de la verdadera religión protestante bajo los auspicios de esos gloriosos clérigos Wesley y Whitefield; pero un renacimiento que nuestros obispos no pudieron entender, apreciar, dirigir, gestionar, utilizar, alentar o retener. - Luego vino el establecimiento permanente del metodismo y un vasto aumento del no conformismo. - Finalmente, vemos en nuestros días el espectáculo de una Iglesia Protestante pura en Inglaterra que ha permitido que la mitad de la población se desvíe de su redil y se le escape de las manos, y que no es querida, no se le considera confiable, ni valorada por la gran mayoría de los disidentes. ¿Y cuál fue la primera causa de todo esto? Vuelvo a responder, en una frase, la política fatal del Arzobispo Laud. Él sembró la semilla de la cual cosechamos las consecuencias. Hizo que toda

una generación de ingleses odiara a la Iglesia de Inglaterra y no sintiera ninguna confianza en ella; y el sentimiento sobrevive y perdura hasta nuestros días.

Ahora sólo me queda señalar las principales lecciones que la historia de Laud debería enseñarnos. He hecho todo lo posible por mostrarles al hombre, su carácter, su política y sus consecuencias. Sobre cada uno de estos temas, creerán fácilmente que se podría decir mucho más. Pero me veo obligado a rozar la superficie de las cosas, y dejar mucho para que mis lectores lo completen. Si tan sólo puedo hacer que los hombres piensen y lean, y los envíe a libros como la "Historia de los puritanos" de Marsden y la "Historia eclesiástica" de Stoughton, no habré trabajado en vano, incluso en este breve esbozo. Permítanme ahora tratar de hacer algún uso práctico de todo el tema. -

1. La primera lección que extraigo del tema es ésta. La historia de Laud nos muestra que cualquier intento de desprotestantizar la Iglesia de Inglaterra está plagado de peligros y perjuicios contra el establecimiento. Cualquier hombre, sin importar su rango -arzobispo, obispo, deán o archidiacono-, sin importar su carácter -serio, celoso, concienzudo, culto, devoto, caritativo y abnegado-, cualquier hombre que intente reintroducir las doctrinas y ceremonias romanas en la Iglesia de Inglaterra, es un enemigo del establecimiento y está dañando sus mejores intereses.

No soy más infalible que el Papa. No tengo acceso a información peculiar más que otros hombres. Pero tengo la firme y decidida convicción de que el grueso de los eclesiásticos de nuestros días no quiere que el romanismo vuelva a entrar en nuestro ámbito. Algunos, tal vez, de la aristocracia y la nobleza pueden aprobar una religión sensual e histriónica, y no ven ningún daño en una mayor aproximación a las costumbres de Roma. Pero la mayoría de las clases medias, y los más inteligentes de los órdenes inferiores, no aceptarán el romanismo de ninguna forma, ni a ningún precio; y si intentáis hacérselo tragar, simplemente dejarán que la Iglesia cambie por sí misma, y se marcharán. No habrá más reino del terror, ni terremotos eclesiásticos. No se repetirán los juicios de Estado. Los Laudes y Montescos de nuestro banco, si los hay, no serán llevados a Tower Hill y decapitados. Pero las clases medias dejarán a los obispos, decanos y clérigos solos en su gloria, y abandonarán el Establecimiento. El grito se elevará: "Este no es nuestro descanso, porque está contaminado por el romanismo, debemos partir de aquí. A tus tiendas, oh Israel".

¿Y qué pasará entonces? Ciertamente, la Iglesia perecerá por falta de eclesiásticos. Los generales, los coroneles y la banda, por sí solos, no forman un ejército; y los obispos, los decanos, los coristas y el clero, por sí solos, no forman una Iglesia. La desestructuración vendrá como algo natural. La Iglesia de una minoría no se salvará por mucho tiempo de este lado del Canal de San Jorge más que del otro. La tierna misericordia de los estadistas liberales puede dejar a la pobre y vieja Iglesia, sus catedrales e iglesias parroquiales, y posiblemente alguna parte

de sus donaciones. Pero si la "multitud del pueblo" es, la gloria de una iglesia así como de un príncipe, la gloria de la Iglesia de Inglaterra habrá pasado para siempre. "Ichabod" se escribirá sobre las naves y coros vacíos. El Establecimiento se dividirá, o se convertirá en una más de las sectas, como la Iglesia Episcopal Escocesa, y la página de la historia registrará que naufragó toda su grandeza por el intento suicida de apartarse del protestantismo y reintroducir el papismo.

No; si conozco algo de las clases medias y de las órdenes inferiores inteligentes, desean tener un establecimiento protestante o no tener ningún establecimiento. Puede que no sean lectores empedernidos o pensadores profundos. Pero saben lo que era el romanismo hace 350 años, y no lo quieren de vuelta. Saben lo que la tiranía sacerdotal, el sacrificio de la misa y el odioso confesionario hicieron antes de la Reforma. Tienen una aversión innata, instintiva y sana hacia el más mínimo síntoma de cualquier retorno a estas cosas. No pueden hacer buenas distinciones; son propensos a llamar a las cosas por su nombre, y por cierto, a darles el nombre correcto. Y si ven cualquier intento de imitar el romanismo en nuestras iglesias, y de falsificar las ceremonias romanas, sus sospechas se despiertan de inmediato. El clérigo que despierta estas sospechas, digo con valentía, por muy serio, concienzudo, bien intencionado y caritativo que sea, no es amigo de la Iglesia de Inglaterra, y está haciendo un daño inmenso.

2. La segunda lección del tema es ésta. La historia de Laud nos muestra el daño que puede hacer a una Iglesia un partido muy pequeño. Grande es el poder de una minoría cuando actúa junta y unida. Grande es la influencia de unos pocos hombres decididos cuando se combinan para hacer el mal, ven claramente su objetivo y se esfuerzan incesantemente y sin escrúpulos por llevarlo a cabo. Los comienzos de Laud en St. John's, Oxford, fueron muy pequeños, pero su fin último aumentó enormemente.

Me atrevo a decir que este es un punto que se pasa demasiado por alto. Nada ha perjudicado tanto a la Iglesia de Inglaterra en los últimos treinta años como el hábito de subestimar y despreciar el movimiento tractariano. Qué pequeño parecía cuando comenzó con Newman, Pusey, Keble y Richard Froude. Era una nube que no parecía más grande que la mano de un hombre. A qué proporciones portentosas, comparativamente, ha crecido ahora. Una negra tormenta de truenos parece cubrir la mitad del cielo.

Recuerdo bien a un valioso amigo de Oxford, ya fallecido, que llamó la atención del obispo Sumner (de Chester) y del canciller Raikes sobre este tema, hace cincuenta años, en una conversación privada. Recuerdo muy bien la tranquila sonrisa de incredulidad con la que aquellos venerables hombres escucharon, pensando evidentemente que éramos jóvenes alarmistas y miopes. "No era más que una ilusión temporal; pronto pasaría". Nubecula est; transibit. Pensé, entonces, que no

habían estimado correctamente la magnitud del peligro. Sospecho que ambos vivieron para cambiar de opinión.

No subestimemos, pues, el poder del ritualismo porque sus adherentes parezcan un partido pequeño, y las iglesias donde juegan al papismo sean comparativamente pocas. El partido no es tan pequeño como parece. Tiene muchos simpatizantes en todo el país, que sólo esperan el momento en que puedan mostrar sus colores, y al primer cambio de viento se hará a la mar. No hay que despreciarlo porque sea pequeño. Las minorías suelen resultar ganadoras a la larga.

¿No? Debemos recordar la máxima del gran Duque de Wellington, que es un error cardinal en la guerra, y una causa de grandes desastres, subestimar a tu enemigo. Debemos hacernos a la idea de que el movimiento ritualista de hoy en día es un asunto muy serio, y que requiere los mayores esfuerzos de los eclesiásticos sanos para evitar que arruine la Iglesia de Inglaterra. Cuando podamos permitirnos el lujo de despreciar una pequeña chispa en un polvorín, una pequeña grieta en un terraplén, una pequeña fuga en un barco, un pequeño defecto en una cadena portacables, unos pocos traidores en la guarnición de una ciudadela, entonces, y solo hasta entonces, será el momento de despreciar el ritualismo, porque sus adherentes declarados, al igual que el partido de Laud al principio, parecen actualmente pocos en comparación.

3. La última lección que extraigo de nuestro tema es ésta. La historia de Laud nos muestra la inmensa importancia de que los laicos se interesen oportunamente por la condición de la Iglesia de Inglaterra. No hay nada, para mí, que haya evitado que la Iglesia de Inglaterra regrese al papado, hace doscientos años, sino la interferencia activa de los laicos. No digo que hubiera ocurrido en la época de Laud. No creo que él haya querido que el Papa de Lambeth estuviera sujeto al Papa del Vaticano. Pero sí creo que otros veinte años de desprotección sin oposición, sistemática y persistente, habrían "educado" a una generación de semipapistas, y allanado el camino hacia el papismo puro y duro. De esto no nos preservaron los obispos y el clero, sino los laicos que tomaron el asunto en la Cámara de los Comunes. Admito que sus remedios eran violentos, y su cirugía tosca y salvaje. Derramaron sangre profusamente, e hicieron gran daño en algunas direcciones, si bien, hicieron bien en otras. Pero una cosa siempre sostengo que hicieron Hollis, Dering, Pym, Hampden y sus compañeros. Evitaron que la nación volviera a Babilonia. Acabaron con el papismo por un tiempo en la Iglesia de Inglaterra. Incluso la guerra civil fue mejor que el regreso del papismo.

Espero que los laicos de hoy en día nunca olviden esto. Ellos son la verdadera esperanza de la Iglesia de Inglaterra. Nuestro futuro depende en gran medida de su conducta y línea de acción. Si se quedan quietos y dejan que las cosas sigan su propio curso, no veo más que el mal ante nosotros. Si se levantan con fuerza, como sus antepasados, y exigen que no haya innovaciones romanas, ni prácticas no

protestantes en nuestra comunión, todavía hay motivos de esperanza. No es demasiado tarde para ganar una batalla. Una vez que los laicos levanten el viejo grito: "Nolumus leges Anglice mutari; tendremos un establecimiento protestante o ninguno", no desesperaré de la Iglesia de Inglaterra.

Una cosa, en conclusión, está muy clara. Independientemente de lo que pensemos sobre Laud, la Iglesia de Inglaterra se encuentra en una posición muy crítica. Todo aquel que reflexione debe confesar esto. Sus remeros la han llevado a aguas turbulentas.

Desgarrada y desgarradora por las partes en conflicto, su propia existencia está en peligro. Nunca hubo una Iglesia que tuviera en su seno escuelas de teología tan opuestas. Este estado de cosas no puede durar. La pregunta puede surgir en muchas mentes: "¿Cuál será el fin? No podemos seguir así. ¿Vivirá el enfermo o morirá?".

Como es habitual en estos casos, los consejos son abundantes, los médicos son muchos y las recetas se encuentran en cantidad, algunas homeopáticas y otras alopáticas. Cada uno tiene su "panacea" y su "Eirenicon". "Sólo úsalo", clama, "y la Iglesia se curará". La ampliación de los términos de comunión, la relajación de los credos y artículos, la revisión litúrgica, la acción sinodal, el aumento del episcopado, la unión de las Iglesias occidentales, todos estos son remedios gravemente propuestos y seriamente empujados a nuestra atención. Cada uno de ellos tiene sus defensores, y cada uno de ellos está garantizado para curar. No tengo la menor fe en ninguna de estas medidas curativas. Dos o tres de ellas son francamente maliciosas. La mejor de ellas no es la medicina del momento. Considero que todas ellas están totalmente fuera de lugar y son incapaces de tocar la enfermedad.

Mi mente está completamente decidida. Sólo conozco una cura y un remedio para las dolencias de nuestra amada Iglesia. Ese remedio es un renacimiento entre nosotros de los principios protestantes y la teología protestante, los principios de la gloriosa Reforma, la teología de Latimer, Hooper y Jewel. No puedo decir si Dios nos concederá tal renacimiento, tal vez nuestros días estén contados. Sin ese renacimiento, tengo pocas esperanzas para el futuro. Sólo caeremos más y más bajo, y al final nuestro candelero será retirado, como el de Éfeso. Danos un renacimiento así, y espero todo. Los laicos se unirían a nosotros una vez más, - el Espíritu de Dios se derramaría sobre nuestras congregaciones. Dios, el Dios de nuestros padres, nos daría su bendición.

Dije que los laicos se unirían a nosotros. Lo digo con conocimiento de causa. En la actualidad, un gran número de los mejores de ellos cabalgan con una sola ancla, y sostienen la Iglesia de Inglaterra con una mano muy suelta. Están cansados, fatigados y disgustados con el crecimiento y el progreso ininterrumpido del semi-papismo. No ven ninguna utilidad en los obispos y artículos protestantes, si se permite al romanismo sentarse en la casa de Dios. Puede que no sean teólogos

profundos, o muy versados en los principios católicos y la antigüedad primitiva. Pero no son difíciles de satisfacer. Saben y sienten lo que les hace bien. Quieren un culto protestante sencillo, y una predicación protestante sencilla, y si no pueden tener esto en el establecimiento, pronto emigrarán y se irán a otra parte. El grueso de nuestras clases medias y de las órdenes inferiores educadas en la Iglesia no quieren casullas, cofias, dalmáticas, birretes, estandartes, procesiones, incienso, báculos pastorales, crucifijos, incesantes reverencias, giros y genuflexiones, ni ninguna de esas perniciosas trompetas. Tales cosas son meros juguetes llamativos, que pueden complacer a los niños, y satisfacer a los jóvenes y mujeres ociosos, y a todo el rebaño de ignorantes, débiles mentales y supersticiosos. Pero no satisfacen las necesidades de los hombres y mujeres de mediana edad, de cabeza dura y de trabajo, de la clase media y de la clase baja. Dadles un culto bíblico sencillo y sincero, una predicación bíblica sencilla y sincera, dadles la vieja historia de Cristo en la cruz, la verdadera obra del Espíritu Santo sentida y experimentada en el hombre interior, dadles las nobles lecciones de arrepentimiento, fe y santidad, dadles esto y nunca abandonarán la Iglesia de Inglaterra⁶. Lo repito enfáticamente. Un retorno a los principios y a la teología protestantes es lo que necesita la Iglesia en la actualidad. Es la única medicina que curará la enfermedad de la Iglesia.

Concluyo ahora mi artículo con un breve pasaje de la pluma de un gran hombre, que merece especial atención, en parte por su nombre y su carácter, y en parte porque lo escribió con la muerte ante sus ojos. El hombre del que hablo es Lord William Russell, que fue decapitado en Lincoln's Inn Fields por una falsa acusación de traición, en el reinado de Jacobo II, en 1683. El libro en el que lo encuentro es la vida de Lord W. Russell, escrita por el difunto Conde Russell en 1820. El documento en el que aparece el pasaje fue entregado por el noble enfermo a sus amigos sólo unos momentos antes de su ejecución. Dice:

"Yo creía, y sigo creyendo, que el papado está irrumpiendo en esta nación, y que los que lo promueven no se detendrán ante nada para llevar a cabo sus designios ... Lamento de corazón que tantos protestantes le den su ayuda. Pero espero que Dios preserve la religión protestante y esta nación, aunque me temo que pasará por muy grandes pruebas y muy grandes sufrimientos".

Palabras solemnes y dolorosamente proféticas. Sería bueno para este país, en el siglo XIX, que los Pares y Prelados ingleses, los Miembros del Parlamento inglés y los Clérigos ingleses, vieran el peligro de que el Papado "irrumpa en esta nación" tan claramente como lo hizo, en el siglo XVII, el patriota moribundo, Lord W. Russell.

NOTA. - Los siguientes extractos de la "Historia Constitucional de Inglaterra" del Sr. Hallam me parece que merecen una atención especial. Creo que sí, porque

⁶ "The Times", del 29 de marzo de 1869, dice con mucha verdad: "Los servicios ritualistas pueden atraer a multitudes curiosas o admiradoras, pero no llevan a los pobres a la iglesia ni llevan la religión a los hogares de los pobres".

contienen la opinión deliberada de un laico bien leído, sin opiniones teológicas extremas, y de alguien que ha obtenido justamente una reputación mundial a causa de su aprendizaje, su juicio correcto y su imparcialidad:

"Los talentos de Laud, aunque le permitieron adquirir una gran parte del aprendizaje teológico, parecen no haber sido en absoluto considerables. No puede haber una obra más despreciable que este Diario; y sus cartas a Strafford muestran cierta inteligencia, pero ninguna gran capacidad. En efecto, se defendió con cierta habilidad cuando se le impugnó; pero en tales ocasiones los hombres comunes suelen mostrar una notable disposición y habilidad".

Aunque no estaba literalmente desprovisto de religión, ésta estaba tan subordinada al interés mundano, y tan mezclada en su mente con la impura aleación del orgullo temporal, que se convirtió en un intolerante perseguidor del clero puritano, no por fanatismo, que en su sentido habitual nunca mostró, sino por política sistemática. Y estando sujeto, como lo llaman sus amigos, a algunas debilidades de temperamento -es decir, colérico, vengativo, duro, e incluso cruel en gran medida- no sólo tomó una parte prominente en las severidades de la Cámara Estelar, sino que perpetuamente se lamentó de que se le impidiera ir más lejos", - Constitución Histórica de Inglaterra por HALLAM, vol. II. p. 54.

"Todas las innovaciones de la escuela de Laud fueron otras tantas aproximaciones en el culto exterior de la Iglesia al modelo romano. Se colocaron o repararon cuadros; la mesa de la comunión tomó el nombre de altar; a veces era de piedra, se le hacían reverencias, se colocaba a veces el crucifijo; La vestimenta de los sacerdotes oficiantes se hicieron más llamativas; las iglesias se consagraban con extraños, místicos y fastuosos ritos. Estas pequeñas supersticiones, que por sí mismas habrían disgustado a una nación acostumbrada a despreciar y aborrecer los pomposos ritos de los católicos, se volvieron más alarmantes por la evidente inclinación de algunos líderes eclesiásticos hacia partes de la teología romana. La doctrina de una presencia real, distinguible sólo por la vaguedad de la definición de la de la Iglesia de Roma, era generalmente sostenida, Montague, Obispo de Chichester, ya conspicuo y justamente considerado el jefe de la facción romanizadora, llegó a "una longitud considerable para admitir la invocación de los santos. Las oraciones por los muertos, que conducen de inmediato al principio del purgatorio, fueron reivindicadas por muchos. De hecho, casi no había ninguna opinión distintiva de la Iglesia de Roma que no tuviera sus partidarios entre los obispos, o aquellos que escribieron bajo su patrocinio". - Ibid. p. 86, edit. 1832.